

Rebecca Miller

**El maravilloso regreso
de Jacob Cerf**

Traducción del inglés de
Clara Ministral

 Siruela

Nuevos Tiempos

A D.
y a Kristi Gunnarsbaug

Los seres salvajes dejan la piel tras de sí, dejan pieles limpias y dientes y huesos blancos tras de sí, que son símbolos que se pasan uno a otro, para que la especie fugitiva siempre pueda seguir a su casta [...].

Tennessee Williams, *Orfeo descende*

El mal es la silla en que se sientan los buenos.

Israel ben Eliezer, el Baal Shem Tov

Yo, el ser en cuestión, tras haber pasado casi trescientos años perdido como una pepita de granada en un lago de gelatina, amnésico, incorpóreo y comatoso, nada más que un pedacito de espíritu, me encontré despertando, adquiriendo forma, peso y, finalmente, consciencia. No recordaba haber muerto, así que mis primeros pensamientos fueron confusos y algo desesperados.

Cuando la nube negra y opaca que me envolvía se disipó, vi la luna: opalescente, agujereada por los cráteres, impasible; tan cerca que asustaba. Las estrellas, indiferentes, dividían el firmamento con sus resplandecientes formas milenarias. Se oía un ruido que resonaba, como enormes burbujas saliendo flatulentamente de una gigantesca botella de boca ancha sumergida en un baño turco con el techo abovedado, pero también el sonido ininterrumpido de algo que se rasgaba, que se rompía, como si un lienzo del tamaño del universo se estuviera partiendo por la mitad. Ahora sé que era el tejido del tiempo. Me sentí tremendamente solo y chillé, pero mi grito sonó ahogado. El instinto me llevó a batir las alas, que no sabía que tenía, y me elevé. ¡Estaba volando! ¿Sería un sueño? Me sorprendió la viscosidad del aire negro. Extendí las alas y me dejé descender, describiendo círculos lentamente por la espesa materia, atravesando tenues nubes enturbiadas que me resultaban frías al contacto con la piel. Definitivamente estaba despierto. ¿Era posible que fuera un ángel? Me embargaron la euforia y la incredulidad. Me deleité en haber sido escogido, por increíble que pareciera, para formar parte de las huestes celestiales. Ansiaba admirar mi propio cuerpo, o mejor, que otros lo admiraran. Sabía que tenía que ser muy hermoso. Sacudí las alas, estirándolas bien,

ladeándome, girando lentamente y poniéndome en camino a través de la noche. Bajo mi cuerpo, una malla de luces, como espuma de estrellas, alumbraba una profunda oscuridad. Al acercarme, vi que la negrura se arremolinaba y dibujaba crestas. El mar. ¡Lo que veía era la Tierra! Pero ¿qué eran todas esas luces?

Descendiendo más deprisa mientras una brillante mano de ancianos dedos rosados acariciaba el mar, bañándolo de luz, empecé a distinguir una capa de casas que se levantaban como una enfermedad cutánea sobre la centelleante isla que tenía debajo. La enorme red de tejados se alzó vertiginosa ante mí.

Fui revoloteando por el aire sin tener ni idea de dónde estaba, aunque con la certeza de que había pasado mucho tiempo fuera. Delante de las puertas de las viviendas, que parecían de juguete, brillaban carruajes de formas redondeadas y llenos de protuberancias. Las farolas arrojaban chorros de luz continua sobre las calles cuadrículadas, lisas como tiras de caramelo. Aquello era el futuro, lo sabía. El último utensilio de iluminación que había visto yo había sido un candelabro de porcelana junto a mi cama, en 1773 en París. Tenía incrustados unos querubines, unas hojas verde claro y unas diminutas rosas de color rosa.

Todavía en la flor de la juventud, yacía tiritando por la fiebre, con una sensación de opresión en el pecho y el sudor cayéndome por los costados. Solange venía a echarme un vistazo de cuando en cuando, emitiendo susurros con la seda de su vestido al moverse por la habitación, y me cambiaba la jarra de agua o me ahuecaba la almohada. El olor de su perfume de gardenia era demasiado intenso para mi respiración ahogada y apartaba la cara cuando se inclinaba sobre mí, pero en ningún momento despegué la vista del candelabro. Me parecía un poco estridente, pero ¿qué sabía yo? Yo había sido quincallero y había nacido en una casa de vecinos. Tenía suerte simplemente de estar al lado de aquella obra de arte de seis brazos, delicadamente estriada y con doce bebés alados desnudos gateando por su superficie vidriada. De las velas descendían cascadas de cera de abeja endurecida que cubrían todo el pie de porcelana, donde se mezclaban con los amorcillos y se enredaban en las rosas: el resultado de una bacanal que había durado una semana y que había dejado a mis escasos empleados demasiado exhaustos después de atender a los invitados para limpiar la cera de los candelabros por la mañana.

Observé fascinado, con los ojos secos, sin aliento, cómo se formaba cada gota. En la base de la llama brillaba un charquito de cera fundida, gordo como una lágrima en el borde del ojo de una mujer. Cuando el charco se llenaba demasiado, la cera abría una brecha en el deteriorado borde, caía libremente por la vela y hallaba su sinuoso camino por la cascada petrificada. A medida que se alejaba de la fuente de calor y se enfriaba, la cera se iba volviendo vacilante, turbia, hasta que se congelaba por completo, fundiéndose con las gotas caídas anteriormente.

Observé caer la cera de las velas durante horas hasta que, al amanecer, fallecí. El domingo, 7 de febrero de 1773. Tenía treinta y un años. Y después de eso, la nada. ¡Y ahora era un ángel! Me imaginé a mí mismo como a un serafín cristiano plenamente formado, un vikingo de pelo rubio, con un hermoso pecho esculpido, los pies sin vello y los ojos del color del whisky. En vida había sido moreno, menudo, con los ojos claros, la dentadura sana y un miembro largo y grueso que me perfumaba y me metía en los calzones cada día con gran esmero y orgullo, un aspecto de mi físico que esperé que el Todopoderoso hubiera conservado en mi nuevo cuerpo. Cuando intenté mirarme a mí mismo, sin embargo, no pude mover el cuello y sentí una gran debilidad en los brazos. Supuse que aquel agarrotamiento era debido a todo el tiempo que había estado muerto.

A mi vista le había ocurrido algo increíble: era como si me hubieran quitado la parte superior de la cabeza y la hubieran cambiado por un enorme ojo. Veía las nubes moradas de formas irregulares que se movían sobre mí, las calles que se extendían a ambos lados y las casas de debajo. «Así es como ven los ángeles», pensé maravillado.

Me fijé en una figura gigantesca que salía de uno de los relucientes carruajes. Mientras intentaba concentrarme en él y no hacer caso del resto de la vista, de casi trescientos sesenta grados, descendí con cuidado, aún sin pleno control sobre mis alas, con miedo de que el hombre me viera pero al mismo tiempo medio deseando que lo hiciera. La idea de conseguir que aquel titán se doblegara ante mí, tales serían su asombro y su admiración, me resultaba atractiva. Me imaginé a mí mismo como a un ángel en un cuadro, con mi túnica detenida según se inflaba y extendiendo las delicadas manos expresivamente, y al desti-

nario de mi mensaje cayendo al suelo con los ojos en blanco, sobrecogido y maravillado.

Al cernerme sobre él, sin embargo, tuve una inquietante visión doble: vi al hombre y, además, le conocí.